

FORMATO ELECTRÓNICO

ISSN: 2477 – 9415

Publicado en Rubio – Edo. Táchira - Venezuela

Hay ríos en la frontera para lavarse las manos

There are rivers at the border to washing hands

Paola Eleonora Rodríguez Gáfaro

Universidad de los Andes (ULA)

Núcleo Universitario “Dr. Pedro Rincón Gutiérrez”

Departamento de Comunicación Social

Táchira-Venezuela

E-mail: paolarguez@gmail.com



Lagarto Cristo (Basiliscus) en las aguas del río Táchira

Texto y fotos: Paola Rodríguez Gáfaro

Colombia y Venezuela comparten casi 2,220 kilómetros de frontera, muchos de éstos son lechos líquidos como los ríos Táchira y Pamplonita. Límites fluviales que atraviesan la historia de un pueblo que va y viene, según el son que tocan la necesidad económica, el hecho cultural o el llamado familiar, pero en medio de ese intercambio parece pasar desapercibido el compromiso ecológico con las venas de agua que nos separan en irónica geopolítica, pero que por la propia fluidez de su naturaleza nos unen en su providencial carácter indivisible.

Una bondad de estas fronteras es la brisa húmeda, un recelo es el urente sol, pero ese viento consolador provoca romántica gratitud, más en un día de éstos en los que una colombiano-venezolana exhausta, tras más de quinientos pasos de caminata, se detuvo un instante a respirar en un pretil del Puente Internacional Simón Bolívar, ubicado entre el municipio colombiano, Villa del Rosario, de Norte de Santander, y la ciudad venezolana de San Antonio del Táchira, para <redescubrir por primera vez> al río.

Veo algunos animales pastando, me pregunto por su nacionalidad, *ipso facto* me respondo: ¿y eso qué le importa a la naturaleza? Cierro mis ojos, tres segundos, para obedecer al sol bravo, los abro, y encandilada me cercioro de la alfombra de desperdicios, predominantemente plásticos, que recubre las riberas del río. Me asusto, me preocupo, ¡lo lamento! Quiero ver qué más hay, preciso dar rienda suelta a la divina vocación que me trasciende: tengo que investigar qué pasa en estas aguas y a quién le competen.

Días después, decido empezar por lo más representativo de los ríos por aquí: los puentes. Digiero que por cualquier parte de éstos se pasa, o en todo caso, uno los atraviesa. Pero hablar de lo que hay debajo de esas moles de asfalto que constituyen la frontera más activa de Sur América, hoy tan intensamente peligrosa, implica una acción superlativa, es más que simplemente <ir> o <entrar>. Para llegar al fondo: hay que descender, hay que bajar.

En los sótanos

La primera visita fue al Francisco de Paula Santander, el que está entre El Escobal del municipio colombiano de San José de Cúcuta y el Pedro María Ureña, de Venezuela. Verbalmente, solicito acompañamiento policial, me alertan: “¿Usted no ve noticias?”. Igual, un patrullero de la Policía Nacional del Centro de Atención Inmediata de la zona, decide atender el <chicharrón> que represento, condiciona que sólo pueden ser tres minutos. “¡Sígame!”, y así hice caso, con zancadas de jirafa, perseguí a la moto patrulla.

A medida que uno se acerca, se ven todavía más desperdicios que desde la parte superior. Muchas piedras y restos de vidrio, picadillos de otrora botellas, escombros, plástico por doquier, tapas de aluminio sembradas en el terreno. Pregunto al policía sobre los responsables del aseo allí, él me contesta: “Los mismos contrabandistas son los que hacen limpieza, nada institucional”.



Tapas metálicas en el suelo aledaño al Puente Internacional Francisco de Paula Santander.

Puente abajo, el suelo tiene relieve traumático, y la mayor razón de irregularidad es la huella de una parte del cauce por donde la resequedad del terreno arenoso delata que hace rato no pasa agua. Hay mucha hierba y árboles, pero es la plancha de concreto el resguardo perfecto para las palomas grises que sobrevuelan de un lado a otro, y mientras escuchos sus gorjeos, no me percato de que soy observada desde lejos. Ahora sí. Detengo mi caminar, me volteo buscando al patrullero.

Uno de los lugareños, semidesnudo, está sentado en un travesaño, tiene los pelos remojados, rápido se encamisa, no está contento con la visita. Otro, está sumergido hasta la cintura en las aguas del río y lleva un bulto negro sobre su espalda, ése sí clavó su mirada en mí. Tienen el estereotipo revelador de la condición de todos los que me observan: son contrabandistas, ¿de qué?, esa tarea me quedó pendiente.

Mi cuidador verde camuflado se acerca, desenfunda y alista su arma de fuego, como <preparándose>, sé que las balaceras en la zona son cada vez más frecuentes, es el cuento de camino de los que pasan por el puente y el video viral a punto de convertirse en parte de mi historia personal. Está por suceder un <toma y dame> de plomo parejo, tal como estaba pasando casi al mismo tiempo, esa misma tarde, en el otro puente, el Simón Bolívar. Pero no: los lugareños se esfumaron.

Las palomas pasan a ser más que un ícono, fueron testigos silenciosos, cuya fuerza alegórica pudo haber tenido su efecto subliminal en la reacción de <los dueños>, por uso y no titularidad, de ese territorio. Quizás por eso es que allí son grises y no blancas, porque en su conciencia simbólica pesa no poder significar paz en su más amplia expresión, pudiendo solo personificarlos matices de la frágil calma que la potencial guerra que caracteriza a esta zona.

Avanzo por otra zanja natural, un canal cuya tierra se ha arrugado por la melancolía de extrañar a su acompañante natural, a su razón de ser, el paso del agua, que ya no pasa. Un poco más allá, alcanzo a avizorar un caudal más o menos abundante, aguas turbias: marrones, mohosas, verdosas, barrosas, parece que el día anterior había llovido en la naciente, por allá en Ragonvalia, de ahí el color característico de una crecida de río, por que no es agua limpia.

“Listo, ya vámonos. Y le advierto, aquí no se puede volver sin un permiso oficial”, me dice el patrullero.

Y así, tal cual me indicó, lo hice. Muy pocos días después, el designado para la misión de acompañamiento que solicité formalmente a la Policía Nacional de Colombia fue el intendente Policarpo Leal, integrante de la Brigada Ambiental del Área Metropolitana de Cúcuta, junto a su colega José Jerez.

El primer recorrido lo hicimos en la parte inferior del Puente Internacional Simón Bolívar. Aquí persiste la invasión de plásticos, desechables a granel. Muchísimos ejemplares de una planta similar al bambú: cañabrava, que hace honor a su temperamental nombre coloquial, porque logra renacer, literalmente, entre las cenizas del suelo que cuenta su sobrevivencia al fuego. Abundante icopor, dos televisores antiquísimos, de esos barrigones, y hasta un sofá ya inservible son parte del contaminado paisaje ripario. Los vestigios de la basura



Riberas del río Táchira en la parte inferior del Puente Internacional Simón Bolívar.

Riberas del río Táchira en la parte inferior del Puente Internacional Simón Bolívar.
Riberas del río Táchira en la parte inferior del Puente Internacional Simón Bolívar.

El intendente Leal me explica que unos grandes muros de piedra en las laderas del río delimitan lo que se denomina: cota de inundación. A escasos metros, justo dentro de esa área que me describe con didáctica de magisterio, hay varias viviendas, me cuenta que casi todas corren riesgo de inundación cuando el río crece.

Las palomas allí son plato fuerte para los gavilanes que surcan los despejados cielos. El soplo fresco del viento y el tímido bramido de lo que queda del río amañarían a cualquier visitante desprovisto de sus sentidos de la vista y el olfato.

Los prodigios de la supervivencia son revelados por las águilas y caracaras que alcanzan a alimentarse de los peces que todavía quedan en esas aguas. Es una extensión de terreno muy grande para el poco líquido que corre en ese instante, el caudal del río Táchira a esta altura del puente es muy variable, pero actualmente está muy disminuido, acepta el intendente Leal.

Incluso, es tan consabido su deterioro ambiental a lo largo del tiempo que “Villa del Rosario, a veces, tiene indicadores de frecuencia de menos de dos horas diarias, porque ese río no tiene la capacidad hídrica ni el caudal suficiente”, apunta el ingeniero civil, Francisco Bermont, secretario de Agua Potable y Saneamiento Básico de la gobernación de Norte de Santander. Escala micro de lo que pasa en el mundo: el agua dulce se está apocando.

Ya en el Puente Internacional Francisco de Paula Santander, vuelve y juega el mismo panorama de mi primera incursión, pues El Escobal, de Colombia, y Ureña, de Venezuela, son una misma casa para los contrabandistas que tienen al río como un patio común. En esta ocasión, puedo apreciar mejor algunas de las variedades de flora que allí subsisten: la forrajera *Leucaena*, la medicinal escobo, el tradicional chiminango y el nim, árbol de origen asiático considerado por algunos como especie invasora.



Pilares que sostienen la estructura del Puente Internacional Francisco de Paula Santander

La profundidad del río no sobrepasa el metro de profundidad en su punto más bajo, así me lo cuenta el pantalón emparamado y la camisa seca de alguien que acaba de atravesarlo. Este caudal también está muy disminuido, no se alcanzan a ver peces, pero sí permanecen las palomas grises en las rendijas de la estructura del puente. Sigue la misma basura, el mismo vidrio y las ruinas de ladrillo inservible, ya vistosen la primera visita.

Por las trochas

Con los intendentes Leal y Jerez, bordeamos, desde el casco urbano de Cúcuta, todo el tramo de frontera entre los puentes. Llegamos a la trocha El Biciclero, que solía ser una zona de disposición recurrente de residuos sólidos, especialmente escombros y basura, allí se han hecho numerosas capturas en flagrancia de personas en pleno delito ambiental. La vía es intrincada y amenazante, el monte a lado y lado es cómplice de la claustrofobia. Calle de honor hacen los pedazos de paredes, cemento, bloque y cal. Las llantas achicharradas son huellas de recurrentes quemas. Más y más plástico por todo el camino.

Pero al llegar a los márgenes del río Táchira en esa zona, el panorama cambia. Asimismo que mientras menos gente viva en los alrededores, más se preserva la virginidad de nuestra naturaleza prístina; a eso se refieren los expertos cuando hablan del concepto de <presión demográfica> sobre los recursos naturales.

Me emplazo sobre una montañita de escombros, veo que el río cuenta con tramos de aguas tranquilas, porque el fondo profundo es cóncavo generando pozos naturales. Luego se aceleran las caídas para motorizar la fluidez líquida que toma fuerza para que el agua emaneacompasadosmurmullosque emocionan todo el paisaje.

Allí hay curiosos animalitos, como el lagarto cristo, científicamente denominado *Basilliscus*, quien debe su nombre coloquial al portentoso milagro de caminar sobre el agua. Sí, como Pedro hacia Jesús en su bíblica prueba de fe. El erguido reptil es una tierna caricatura en tercera dimensión, los hay de distintos colores o es tal vez el reflejo de la luz del sol en el onírico mimetismo que los caracteriza.

El intendente Jerez me señala que hay algas donde yo veo lama. No lo contradigo, no soy bióloga, sólo creo que es bueno que el moho se parezca a las algas, ojalá eso optimice sus funciones ecológicas. Ahí mismo, descubrimos alevines, cardúmenes de esos pequeñitos entre las piedras, en un sediento espesor de agua.



Aguas del río Táchira en la trocha El Bicyclero

Unos metros más adelante, una bolsa de plástico acarreada por el viento, en diagonal a la derecha un vaso plástico arrugado, y así sucesivamente, flota la invasión contaminante. Es asombroso ver sobrevivir a los infantes acuáticos, casi sobre las piedras húmedas. Recuerdo la sentencia de António Guterres, actual secretario general de la ONU, cuando apuntó que el volumen de plástico en los océanos podría superar el de peces para el año 2050, así que, mientras tanto, espero que esos recién llegados se apuren en dejar descendencia capaz de competir en fuerza y número durante esta ocupación contra natura.

Avista el intendente Leal una cachama: “Debe tener al menos una libra, sirve para un almuerzo”, comenta. Él es un profesional esforzado y pulcro de pies a cabeza, ya lo delatarían los guantes altivos que portaba durante nuestra primera entrevista. El color verde de su traje coincide con el ideal de esperanza que los ciudadanos ansiamos depositar en nuestros funcionarios; él es verbigracia de la mística y vocación que uno espera del lema institucional con el que saluda siempre: “Dios y Patria”. Es la traducción de la esperanza verde, cuyas gamas cromáticas reinan en la naturaleza que defiende y protege, más que por trabajo, por consagración.

Ya el sol anuncia la cercanía del esplendor meridiano, es hora de irnos. Seguimos bordeando la ciudad, arribamos a la trocha La Isla, cuyo acceso amerita el paso por un caserío muy comercial. Al acercarnos ya al río, se pisa una ligera zanja por donde atraviesan las aguas domésticas de la invasión que allí se asienta. A los lados del bache, hay piedras, muy poco líquido, turbio de por sí y muchos desperdicios, insisten los plásticos en robar protagonismo, pero allí cuales titanes prevalecen algunos pececitos, no alcancé a ver la especie, pero ahí están resistiendo.



Vegetación aledaña al río Táchira en la trocha La Isla

El avistamiento del río en esa zona es mucho menos traumático que las zonas más inmediatas a los puentes. Hay abundante tártago, y el monte silvestre se combina con una grama de florecitas amarillas que colorean con gracia iluminadora algunas pequeñas porciones del suelo arenoso. El lado venezolano se ve muy verde, casi tupido de hierba, y ni un alma legal ni ilegal se asoma por esos lares. La brisa corre impetuosa y el agua es un poco más clara.

El intendente Jerez, de hablar muy cucuteño, es de esos que infunden confianza por la sensatez de su postura, ese verde de su uniforme refuerza el ideal de esperanza que proyecta Leal. Al llegar a los márgenes del río y percatarse de la rozadora cercanía de las casas con los bordes, se apura en llamar a los vecinos del lugar.

Pronto, llega un hombre corpulento, de cabello enroscado y oscuro, tez morena con visoscobrizosque delatan pesado trabajo bajo el sol, camina hacia nosotros mientras se pone una franela, con la cabeza incluso algo agachada y callado. En tono amistoso, el intendente Jerez lo saluda y le inquiere sobre la posibilidad de reunir a la comunidad para compartir una charla sobre concientización y sensibilización ecológica.

Para mí, no era conveniente preguntar su nombre, suficiente susto ya tenía encima este hombre. “El Isleño” -vamos a llamarlo así- dice que se mantiene pendiente del río, pero que mucha gente viene a tirar basura y escombros en las laderas, que él no lo hace nunca, que más bien lo cuida. Ya el tono del intendente Jerez se hace más firme, pero mantiene la acústica idónea para no alejarlo: “Ustedes son los que viven acá, por eso deben impedir esas acciones y llamar a la policía para intervenir cuando eso pase”.

El hombre cambia el hilo de la conversación:

-Y eso que ahora el río está más o menos, porque ni había paso. Casi pegaba al rancho de aquí. Yo le mandé a echar relleno, pero los policías de aquí se enojaron, lo hice para proteger mi rancho, pero hasta amenazaron a los volqueteros.

Interrumpe con tono apesadumbrado el intendente Jerez: “El problema es la clase de relleno que usted echa”, a lo que contesta tembloroso y confundido el lugareño: “Era puro escombros, pura tierra”. Prosigue el intendente Leal: “Porque si es tierra estéril sí, pero escombros no se deben disponer en la zona”.

Camina el hombre asustado y nervioso hacia la parte del río que él siente que lo acecha, da escasos veinte pasos y nos llama para ver el despeñadero: “Venga y mire. Esto es puro relleno que yo mandé a echar”. Y para que, literalmente, no se eche más tierra encima, le pregunto por las variedades de peces, dice que hay “muchísimos” en la parte honda: mojaras, sardinas, cachamas, entre otros.

Enseguida, veo a los intendentes distraídos por un segundo, y me acerco más para tratar de conversar con el baquiano a solas, él empieza a recordar que la última crecida fue hace aproximadamente un mes, pero que el sol “seca rapidísimo” las aguas. Cuenta como hazaña que así resulta más factible pasar a través del río hacia el lado venezolano: “caminando sobre las piedras y casi sin mojarse los zapatos”. Pregunto si la corriente avisa de las crecidas.

-No, no, ¡ese río es lo más traicionero que hay! Figúrese que yo hace tiempo, tenía una parcelita más arriba, con un maicito sembrado. Crucé con mi hijo, el mayorcito, y de regreso no conseguía por dónde pasar. Estaba todo parejito con la orilla. Es traicionerísimo este río.



Orillas del río Táchira a la altura de la trocha la Isla.

Los escombros con los que “El Isleño” autoconstruye lo que él considera como muros de contención para las aguas del río que lo anegan, no responden a los materiales ni a las técnicas apropiadas de la ingeniería hidráulica, civil ni ninguna afín, son sólo su humilde defensa, él responde a su instinto de resguardo, nomás. Desconoce que la composición predominante de restos de bloques, cemento, cal y pinturas, no tiene la capacidad de compactarse para formar estructuras sólidas, ni que la aglomeración de sustancias químicas resultará, a la larga, altamente contaminante para todo el ecosistema ripario.

Menos sabe que no constituyen tierra fértil para facilitar la siembra de árboles, convirtiéndose así esta iniciativa en una solución de corto plazo, pues el deterioro de la cobertura forestal que éstos conforman es el más efectivo cerco de protección. En este punto, nos urge y conviene la instrucción en educación ambiental propuesta por el intendente Jerez al llegar aquí, debimos haber puesto fecha y hora, démonos golpes de pecho.

Para entender un poco mejor, conversamos, semanas después, con el ingeniero Pedro Silva, coordinador de Gestión de Riesgos del municipio nortesantandereano de Villa del Rosario, quien explica que “las rondas de un río deben comprender al menos cien metros luego de la cota de inundación, y esas distancias son precisamente las que se invaden”, de allí la vulnerabilidad de las comunidades asentadas en estos entornos y la necesidad de atender las advertencias sin necesidad de llegar a vivir una situación límite.

A su vez, cita la Ley 1523 de 2012, la cual fue promulgada en Colombia, justamente después de la ola invernal de ese mismo año, específicamente el artículo dos, donde se incluye a los ciudadanos como “corresponsables de la gestión del riesgo”, quienes deben poner

en práctica principios de “precaución, solidaridad, autoprotección, tanto en lo personal como en lo de sus bienes”. Esto es también materia de estudio en las charlas de educación ambiental propuestas por el intendente Jerez, démonos más golpes de pecho.

“Aguas abajo” de la desembocadura

Carlos Pabón es colombiano de nacimiento, venezolano por crianza, reproducción y naturalización. Vive en la ciudad tachirensede Ureña, y su vida entera cambió el 19 de agosto de 2015, cuando el presidente venezolano Nicolás Maduro cerró la frontera: de un día para otro se quedó sin trabajo.

Con el pasar del tiempo, casi descapitalizado por la mengua de sus ahorros destinados a “aguantar”, empezó a buscar un nuevo empleo; pensó que sería más rentable en Colombia por el asunto del cambio de la moneda. Insistió pertinazmente, pero con sus 59 años, el hallazgo de una oportunidad laboral ha sido imposible. A la par, mucha gente le hablaba de la rentabilidad del contrabando de la gasolina por el río: es el <rebusque>.

-Antes pensaba que todos los que hacían eso estaban locos. En ese entonces, creía que era algo muy peligroso. Pero los días empezaron a pasar y yo sin trabajar. Uno siempre escucha que eso es algo que se hace, la necesidad me obligó y empecé a buscar los permisos con la gente que controla eso en el río, y ya.

Para él, el paso ilegal de la gasolina desde Venezuela a Colombia es más factible por el río Pamplonita, a la altura de La Mulata, luego de la desembocadura del río Táchira. La carretera de acceso a este poblado, desde Ureña, es muy estrecha, casi enmontada y colindante con el río, hay tramos en los que puede verse el agua que da visos espumosos entre verde y marrón, incluso hasta se alcanza a percibir el fétido olor, pero no más que al llegar a la entrada del caserío, donde la tufarada que emana la corriente se aviva todavía más.

“Es un pasito”, arguye don Carlos. Las dificultades para el traslado de la gasolina a través del río está en los niveles del caudal, aunque frente a ninguna se amilana, unas veces está alto y otras bajo, todo depende de las lluvias. “Cuando sube el agua, tragamos un poquito al pasar. Pero, ¿qué se hace?”.

Lo que él no sabe es que ésa puede ser la razón de las recurrentes diarreas que lo aquejan, tal como lo explica una funcionaria de las oficinas regionales del ministerio de salud venezolano en el estado Táchira, quien ha inspeccionado varias veces el Ambulatorio Rural de La Mulata. Es una médica joven, cordial y modesta, aceptó declarar brevemente de forma anónima.

-Las enfermedades más comunes que se atienden allí, según los reportes recibidos, son dermatológicas y de vías respiratorias, también intestinales porque a veces ingieren agua contaminada. Lesiones en piel por bacterias e infecciones, dermatitis, micosis, hongos, incluso pielonefritis, están a la orden del día. Las IRAS, infecciones respiratorias agudas, como neumonía y bronquitis son también frecuentes. Hombres y niños son los más afectados, desde los 17 hasta los 45 años en promedio, ellos conforman el 70 a 75 por ciento de la atención en consultas en ese módulo.

Los informes técnicos arrojan que en el río existen muchas cepas de bacterias, ya que por allí corren aguas residuales, domésticas e industriales llegadas tanto de las zonas fronterizas de Colombia como de Venezuela. La contaminación allí no es un secreto para nadie, incluso el personal médico advierte una y otra vez a la población de los riesgos de salud que acarrea el contacto con las aguas.

“La gente nos dice: ¿y qué hacemos?, ¿de qué más vamos a vivir?”, narra la doctora con su pálida frente encogida. Justamente esa es la misma pregunta sin respuesta que don Carlos se hizo a sí mismo, cuando resultó diagnosticado con una infección urinaria severa: pielonefritis. Y se la volvió a hacer, cinco meses después, cuando se vio invadido por un prurito desesperante que enrojeció su piel y que de tanto rascarse le arrancó varios pedazos dejando expuesta su carne purulenta: dermatitis de contacto. Todavía no ha hallado una mejor salida laboral, tampoco los medicamentos completos para su tratamiento, sigue obligado a <rebusarse>.

Vivencias y evidencias de la contaminación de estas aguas también tiene don Segundo Jaimes, quien vive en las riberas del lado colombiano de este mismo río Pamplonita, en el corregimiento San Faustino, un sector rural del Área Metropolitana de Cúcuta que tiene frontera con Venezuela, por ahí cerca de La Mulata. Él es un hombre humilde, con unos cuarenta y tantos años encima, susojeras arrugadas, su ceño grueso y el bronceado manchado de su rostro delatan la crueldad del calor del sol que se intensifica con el reflejo en el agua del río.

Es sabido que ganado, gasolina y carne “a la lata” pasan por todas esas trochas, cuenta don Segundo, quien también se <rebusa> “pasando cositas por el río”. Allí pude observar desde muy lejos, porque “si nos acercamos más de la cuenta” corremos el riesgo de aparecer colgados de un árbol. Frente a tamaño argumento, no insisto, sólo escucho.

-Cuando la frontera estaba abierta todo el contrabando pasaba por el puente, ahora pasa por debajo de él. Todo eso se ha vuelto muy peligroso, hasta el mismo Ejército colombiano y la Guardia venezolana han dejado de meterse. Cuando se unen el río Táchira y el Pamplonita, más abajo de La Modelo –la cárcel local de Cúcuta-, ahí se une también el canal por donde salen las aguas sucias. De ahí para acá no sé si habrá peces, no creo, porque usted no ve un solo pájaro, no ve nada, quieta el agua. Es hondo, hay partes que lo pueden tapan a uno, hay agua, mucha agua, pero sucia. Otras partes las han limpiado para pasar carros. Pero vos te metés y todas las piedras son llenas de lama, dan ganas de vomitar, el olor tan <berraco>, penetrante. Hay lados por donde se ven todavía las empresas esas de cuero, ellos lavan todos esos cueros de ganado ahí. Hay partes donde el río se está comiendo ya la orilla, pero más bien la gente invadió unos lotes. Y todas las aguas, esas que llaman residuales, van a caer allá. Nunca he escuchado ni he visto a nadie de ninguna institución preocupada por las condiciones del río, a decir verdad, yo creo que a ese río, solamente se meten los contrabandistas, es más, ellos mismos buscan mantener lo más limpio posible, porque si uno se mete con todo eso lleno de lama, se resbala y se cae. Uno siente que los políticos no miran al río, significa que el río no existe para ellos. La misma gente de la vereda no es como antiguamente, que se vivía del río, hoy día viven pasando por el río y de lo que pueden pasar por el río, pero no viviendo de él como antes: que si saquemos pececitos para venderlos. Ahora lo que baja, es

lo que vulgarmente uno llama <submarinos>: materia fecal. Entonces uno va cargando algo, y ahí, sáquele el lance, sáquele, ¡ahí viene un campo minado! Uno sabe que a la orilla del río hay muy buenas tierras, pero no hay cómo regarlas. Con esa agua no se puede regar nada, esa agua viene muy contaminada, quemaría las maticas. Antiguamente era una bendición vivir a la orilla del río, porque el agua significa vida, pero ya no es así, la contaminación es mucha, esa cantidad de excremento, químicos, no, eso es muy feo. Usted al llegar a la orilla del río, hoy día siente pesar, se siente miedoso, esa agua es quieta, toda esa lama, usted la toca y eso es verde, feo, son cosas miedosas. Da miedo porque los militares o los paracos le pueden quitar cualquier cosa que usted lleve, el río da miedo, y así no piense usted en esa gente, nada más con la hediondez que tiene es suficiente. Tristeza se siente de ver que el mismo ser humano está acabando con lo que Dios nos dio.

Frente a la descripción de este panorama correspondiente al tramo del río Pamplonita que comparten las dos naciones, hay conocimiento del caso en el lado colombiano, la ingeniera civil, Luz Marina Barbosa, directora de Proyectos, Estudios y Diseños de Aguas Kpital de la ciudad de Cúcuta en el departamento Norte de Santander acepta que esta zona no cuenta con tratamiento de aguas residuales, por eso se están contaminando las tres cuencas: Táchira que es la de menor escala, también la del Zulia, y la del Pamplonita que es la que más se contamina.

La ingeniera Barbosa se proyecta como una experta en el tema de planificación, procura hablar buscando los ojos de esta interlocutora por encima de los lentes que reposan sobre su nariz. Es optimista en materia presupuestaria, aun cuando las plantas de tratamiento de aguas residuales que propone valen miles de millones, ella sabe que está haciendo todo lo que puede y tiene que hacer para alcanzar una meta, no sólo laboral sino humana. Suena sensata, mientras explica todo con el tono didáctico que le confiere su experiencia como profesora. Asume que están conscientes de la necesidad de descontaminar las cuencas: “El río Táchira y el río Pamplonita son frontera con Venezuela. Por eso nosotros estamos hablando de un problema de contaminación internacional, por ende, se ha planteado como un proyecto binacional, porque somos uno solo, las fronteras no nos deben dividir”, dice esperanzada.

Dado que muy cerca de la Cárcel Modelo de Cúcuta, en las inmediaciones compartidas con el río Pamplonita es donde descarga el colector metropolitano de aguas negras, se escucha como ardid jocosos que el mayor castigo de los presos no es el encierro, sino los malos olores que desprende el río a esa altura. *Vox populi* de las narices penalizadas.

Otro día, intenté llegar a donde llaman “Caño Picho”, incluso alcancé a escuchar al río, allí debe ser un caudal amplio porque su rugido es impetuoso y soberbio. Me enfilé hacia una especie de trocha que sospecho me llevara a las riberas, pero antes de entrar, me topo con un señor alto, algo lánguido, con bigote pobre y cachetes caídos, está descamisado, su aspecto contrasta con la amabilidad de su trato, mientras enciende con un fósforo el cigarrillo que tiene en su boca, me pregunta hacía dónde me dirijo.

Se me ocurrió decirle que necesitaba tomar una muestra de agua para un trabajo académico, me pidió que no lo hiciera. Traté de explicarle que se trataba de un estudio de contaminación del río, me susurra que por esos días hay “pelea de territorio” entre las bandas

criminales que controlan la zona. Su advertencia es la banda sonora a la película que están pasando en el cielo, la cual llama la atención de mi mirada: una bandada de buitres sobrevuela terroríficamente en círculos.

El señor me cuenta que durante toda su vida ha visto que “las aguas negras llegan a este río”. Bendice la lluvia, porque así “el río se lava a sí mismo” ya que la crecida estimula la fluidez de los elementos estancados, se limpia un poco el agua y el mal olor disminuye. Mientras hablamos, en medio de esa humedad calurosa, el señor apaga afanado su cigarrillo contra el tronco del árbol en el que está recostado y fija su atención en una moto que sale de la trocha, cuyo parrillero lleva al menos seis pimpinasmarradas. Me despide, le agradezco el consejo. Mientras me volteo, el hombre va directo a hablar con los tripulantes de la moto. Comprendo todo, y los buitres ayudaron.

A quien puedan interesar los ríos fronterizos

En la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), de Rubio, estado Táchira, Venezuela, está la geógrafa Mayra Medina, quien investiga sobre las cuencas hidrográficas internacionales, la del río Catatumbo es su caso de estudio, ésta incluye a los ríos Táchira y Pamplonita. Ahí hay oportunidades de cooperación como de conflicto, dados los macroproblemas ambientales que históricamente han venido afectando este reservorio de agua dulce.

Como fruto de los encuentros para la búsqueda de soluciones a estas y otras dificultades, ella destaca el Acuerdo para la formulación del Plan de conservación y aprovechamiento integral de los recursos hidráulicos de la cuenca del río Catatumbo, firmado en 1982 por Colombia, Venezuela y la Secretaría General de la Organización de Estados Americanos (OEA), pero que hasta hoy no ha sido ejecutado. He allí un punto de inflexión en las relaciones binacionales que, tal como señala Medina, “ha convertido el tema ambiental en la cenicienta del cuento”.

En este punto, desde Corponor (Corporación Autónoma Regional de la Frontera Nororiental) en Cúcuta, Colombia, el ingeniero forestal, Sergio Iván Niño, coordinador del proceso Áreas de Manejo Especial, explica que, desde hace más de 15 años, no se está dando ningún tipo de trabajo conjunto entre los dos países para el cuidado ambiental de las aguas fronterizas.

Por su parte, desde la sede tachirensis del Iclam (Instituto para el Control y la Conservación de la Cuenca del Lago de Maracaibo) en Venezuela, el también ingeniero forestal, Justo Buitrago, explica que sí se han hecho inspecciones en el río Táchira, incluyendo su desembocadura en el Pamplonita, todas exclusivamente del lado venezolano. El funcionario del Ministerio del Poder Popular para Ecosocialismo y Aguas de Venezuela, expone que entre los años 2008 y 2009, en respuesta a ordenamientos presidenciales de los dos gobiernos, mediados por sus cancillerías, se acordó que cada país debía levantar un diagnóstico básico de los problemas ambientales de la zona, se hizo, pero quedó pendiente la socialización y el intercambio de perspectivas sobre los resultados entre los dos Estados.

Iniciativas similares y más profundas ha adelantado Corponor, en el lado colombiano, según lo evidencian documentos como el Plan de Ordenamiento de la Cuenca del río Pamplonita, pero siempre con carácter unilateral.

Asimismo, en 2013, el Iclam intentó profundizar en las evaluaciones bio-químicas de las aguas del río Táchira, pero sólo se alcanzó a verificar la parte industrial, arrojando que, para ese momento, todo este sector tenía efectos contaminantes en el ecosistema ripario del margen venezolano.

En cuanto al manejo de basuras, residuos sólidos y vertimientos existen competencias municipales, según el Plan de Ordenamiento y Manejo de Cuencas Hidrográficas en Colombia, el cual no excluye las responsabilidades ciudadanas, sentencia Niño. Lo mismo sucede en Venezuela, pero “las alcaldías no colaboran con la responsabilidad ambiental”, asegura Buitrago.

Así, examinando lo concerniente a la abundancia de plástico y desechos diversos en los sótanos del Puente Internacional Simón Bolívar, cuya mitad colombiana está ubicada en Villa del Rosario, consultamos en esta alcaldía, el área de Vivienda y Ambiente, donde existe un nuevo regente desde hace pocos meses, el abogado Alexander Gelvez, quien propone la conformación de brigadas compuestas por escolares, comunidad, sector privado y público para afrontar la situación. Igual, arguye que “podemos barrer todos los días, pero en el fondo lo que necesitamos es profundizar en la conciencia ciudadana”.

Del lado venezolano, hurgando en las competencias municipales en territorio tachirenses, buscamos en la ciudad de San Antonio, al director de Ambiente y Servicios Generales de la alcaldía de Bolívar, el técnico en construcción civil, Frank Gómez, quien alude no tener competencias en esta materia, y aún si quisiera hacerlo no cuenta con el presupuesto. Por su parte, el sargento Orlando Roa, director de Ambiente de Ureña, sostiene que no hay ningún tipo de operativos de limpieza en la zona, porque “en estos últimos tres años no hemos podido entrar a ese río, ¿por qué cómo se hace?, no hay recursos, no hay nada. Además, para eso necesitaríamos a la Cancillería”.

En materia educativa, las charlas ecológicas son una fortaleza del accionar desarrollado por el componente de la Policía Ambiental colombiana, según el intendente Leal. Empero, el ingeniero Niño, basado en su experiencia, considera que no es una medida lo suficientemente efectiva: “A ese río se le han hecho procesos educativos de limpieza, se hacen campañas, recordemos el famoso concierto de Juanes y sus amigos, se arregló, se limpió, y luego todo sigue igual”.

Mientras tanto, los informes unilaterales van entrando en caducidad; en los papeles legales, las letras muertas se van desdibujando, y el agua sigue ensuciándose cada vez más. Todo se ha quedado en intenciones de acuerdo y nulas acciones sinérgicas. Aun cuando desde los dos países, hay conciencia plena sobre la necesidad de que este tipo de inventarios y diagnósticos deben hacerse en conjunto, siguen paralizadas las discusiones binacionales sobre las condiciones ambientales y ecológicas de nuestras aguas transfronterizas, por disposiciones ejecutivas.

Todas las fuerzas humanas e institucionales abordadas, si tienen competencia, cumplen con su parte en el río, pero al ser acciones individuales, no logran tener incidencia en la magnitud requerida. Ya lo advierte el divulgador científico español, Manuel Toharia, en su libro *El Clima*: “La dispersión de competencias y actividades es la mejor forma conocida de ineficacia”.

Así, en la medida en que luchamos por sobrevivir como don Segundo, o defendemos nuestra casa como “El Isleño” o cumplimos con nuestras responsabilidades políticas e institucionales como los expertos consultados, caemos en salvar nuestras propias responsabilidades. Pero hay un saldo pendiente en las cuentas con el compromiso de la integración binacional en materia ambiental, porque el capital del banco de la naturaleza precisa ser valorado y cuidado: de toda el agua del planeta, sólo está disponible un 0,025 por ciento como agua dulce, según Greenpeace Colombia.

De hecho y derecho, la Convención sobre el Derecho de los Usos de los Cursos de Agua Internacionales para Fines Distintos de la Navegación, promulgado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), establece en su artículo ocho, que “los Estados del curso de agua cooperarán sobre la base de los principios de la igualdad soberana, la integridad territorial, el provecho mutuo y la buena fe a fin de lograr una utilización óptima y una protección adecuada de un curso de agua internacional”.

Y mientras los problemas de contaminación no menguan por sí solos, las instancias de decisión gubernamental en las altas esferas políticas, continúan ocupadas en el inmediatismo económico y político para seguir <lavandose sus manos> en las aguas misericordiosas de nuestros contaminados ríos transfronterizos.